



PSIQUISMO

El relato evangélico nos dice que Cristo sudó sangre en la noche de Getsemaní, cuando faltaban pocas horas para entregarse.

¿Fue un hecho milagroso, o un fenómeno natural?

De los cuatro evangelistas, sólo uno se refiere a este sudor. Es Lucas, naturalmente: el evangelista médico.

Lucas no fue testigo presencial, sin embargo. Más aun: posiblemente, nunca llegó a ver a Cristo. (No era judío, sino, quizá, sirio). Pero escribió su evangelio haciendo indagaciones personales, como él mismo nos recuerda; hablando con los testigos. Y, así, compuso un relato vivo. Un relato que coincide en conjunto con los otros evangelios, claro está, pero recogiendo, sin embargo, ciertos pasajes que sintonizaban con su espíritu médico. Es el único, por ejemplo, que nos habla del parto de María y de los primeros cuidados que recibió el niño. (Sin duda se informó en conversaciones con la propia Virgen.) Y fue el único, también, que ha recogido ese dato tan curioso: el sudor de sangre.

Y, ¿quién le habló del sudor de sangre? Alguno de los apóstoles, sin duda, que estuvieron presentes en aquellos momentos.

Tras la última cena, Cristo se dirigió al huerto de Getsemaní. Iba pensativo (“triste está mi alma hasta la muerte”, diría poco después) y por eso sus discípulos, impresionados, caminaban también en silencio. Ya se había ausentado Judas, el traidor —el único no galileo, por cierto—, que pronto regresaría con su famoso beso: el saludo que reservaban los hebreos para los amigos de verdad.

A la luz clara del plenilunio pas-cual, Cristo y su grupo bajaron pausadamente por el camino de escalones, que todavía se conserva, dejaron atrás las murallas de la ciudad y cruzaron el torrente del Cedrón.

Ya en el huerto de Getsemaní (donde aún se ven algunos olivos,



Jesucristo muerto, según la Sábana Santa.

¿Es posible sudar

reñoños quizá de los de entonces), Cristo decidió apartarse para rezar. Y únicamente se llevó a tres de sus acompañantes: Pedro, Juan y Santiago.

Estos fueron, pues, los testigos directos. De algunos de ellos —¿Pedro, quizá?— surgió la información.

Los tres discípulos vieron y oyeron perfectamente, en efecto, lo que sucedía. Ya que se encontraban “a un tiro de piedra” de Jesús y había luna llena.

Presenciaron cómo el misterioso Maestro se desazonaba, lleno de angustia, y cómo se resistía a aceptar